



Plataforma Desarrollo y Cultura es un programa de la Fundación cuya finalidad es contribuir al estudio, análisis, discusión y difusión de ideas y conocimientos sobre nuestra cultura como construcción del mundo y de nuestra propia historia en el marco de la relación entre cultura y desarrollo.

Rafael Lara-Martínez

**MASCULINIDADES
SALVADOREÑAS**
= CUERPO – RAZA – ETNIA ≠

 ACCESARTE

2017
Fundación AccesArte
San Salvador



**Indie
cele-
bration**

**Indie
cele-
bration**

PRÓLOGO

La culebra se muerde la cola: De misoginias
y masculinidades – Tania Pleitez Vela..... 17

POSTFACIO

Masculinidades Salvadoreñas: Una tipología
del ser hombre en El Salvador – Amaral
Palevi Gómez Arévalo..... 29

O

Pórtico. *El olvido en que nos tuvo* 47

Introducción..... 67

I

La “¡pobre histórica!” según Vicente Acosta.. 75

II

Novela – Verdad. Teoría testimonial en
Roca – Celis (1908) de Manuel Delgado..... 89

III

Antropología y colonialismo interno. David
J. Guzmán, entre “Poder Supremo” y
“Capital” 105

IV

“Todos los indios son blancos” = Todas las
mujeres, “señoras de la belleza en la casa”.
Del racismo y el sexismo en Alberto
Masferrer 127

Masferrer en Costa Rica (1913) –
Texto inédito en El Salvador..... 135
Contra el expresidente Araujo
(diciembre de 1931)..... 154

V	Delincuencia e identidad nacional mutante. <i>Cloto</i> (1916) de Abraham Ramírez Peña	159
VI	Masculinidad modernista. <i>Fuentes de alma</i> (1917) de Julio Enrique Ávila	177
VII	XUCHI-SIHUAT – NE YET. Una leyenda salvadoreña en el olvido – con Rick Mc Callister.....	197
VIII	Dos ensayos inconfesables sobre Arturo Amrbogi.....	207
	I Etnografía del intercambio de mujeres en Arturo Ambrogi...	209
	II “Dar verga”. El poder del falo en Arturo Ambrogi.....	221
	Apéndice: Cuadro conclusivo de las oposiciones binarias	228
IX	<i>HIMÁNTARA DIAMA XITRÁN</i> . Poética, sexualidad y violencia en <i>O-Yarkandal</i> (de 1999, Centenario del natalicio, a 2015, treinta del deceso).....	233
X	Del desnudo femenino como <i>voyeurismo</i> viril	273
XI	Historia cíclica de la violencia según los historiantes	293
XII	Una muerte... la verdadera liberación. De la novela como historia a la historia como violencia en Alberto Rivas Bonilla – con apoyo documental de Luis Borja	303
XIII	Memoria y masculinidad en Ramón González Montalvo.....	315

XIV		
	Dos novelistas femeninas olvidadas. Blanca Lydia Trejo y Amary Zalvera	333
	I De etnografía y literatura. <i>El padrastro</i> (1944) de Blanca Lydia Trejo	338
	II <i>País expansivo en ropaje de olvido</i>	356
XV		
	Patriarca – Afeminado – Fratricidio en Carmen Delia de Suárez	375
XVI		
	Mi secreto entre las ramas. El hombre contra el ángel en la mujer según Claudia Lars	403
XVII		
	Cuatro ensayos nefandos sobre Hugo Lindo	423
	0 Ingreso.....	424
	I Testimonio sobre travestismo e identidad en Hugo Lindo	425
	II “Testimonio verdadero” del “espectro” indígena según Hugo Lindo	430
	III Violencia de género y raza en Hugo Lindo	440
	IV Preciarse de la hombría en la violencia según Hugo Lindo.....	443
XVIII		
	Tres breves ensayos inefables alrededor de <i>Un día en la vida</i> (1980) de Manlio Argueta	457
	0 Pórtico	458
	I Guerra civil – Guerra religiosa	463
	II Homofobia y política.....	469
	III Del cuerpo masculino en el testimonio.....	472
	IV Dimisión.....	481
XIX		
	Historia y <i>logos epitaphios</i> en Mario Bencastro	491

PHIO

PHIO

PHIO



LA CULEBRA SE MUERDE LA COLA: DE MISOGINIAS Y MASCULINIDADES

Acepté inmediatamente escribir el prólogo a este interesante libro de Rafael Lara-Martínez porque me pareció que su desglose de las masculinidades salvadoreñas representa una contribución intelectual importante. El libro despega del análisis de obras o legados de poetas, novelistas y pensadores salvadoreños, algunos ampliamente conocidos, otros menos: Vicente Acosta, Manuel Delgado, David J. Guzmán, Alberto Masferrer, Julio Enrique Ávila, Arturo Ambrogi, Salarrué, Alberto Rivas Bonilla, Ramón González Montalvo, Hugo Lindo, Manlio Argueta y Mario Bencastro. Además, Lara-Martínez se detiene en un mito salvadoreño olvidado del grupo náhuat-pipil y en su artículo “Xuchi-Sihuat — Ne Yet” estudia “la leyenda de una virgen quien

prefiere morir que entregarle el cuerpo a un hombre”. También examina la violencia masculina retratada en una partitura de los Historiantes de Panchimalco. Como contrapunto, se incluyen discursos femeninos que narran, por ejemplo, la “experiencia femenina desdeñada” en obras de Blanca Lydia Trejo (chiapaneca) y Amary Zalvera (salvadoreña); y se considera la novela de Carmen Delia de Suárez, la cual hace un original enlace entre la figura del patriarca, el afeminado y el fratricidio durante los años de la represión militar de Maximiliano Hernández Martínez. De gran profundidad es el análisis del brillante poema de Claudia Lars, *Sobre el ángel y el hombre* (1962), lugar metafórico de enunciación, escrito conmovedor que contribuye a “instalar a la mujer en su labor poética”.

Resulta difícil escribir un prólogo que esté a la altura de estos singulares y transgresores ensayos, sobre los que, probablemente, algunos discreparán; pero nadie podrá negar su contribución como nutriente al debate intelectual, ya sea para reforzar o para disentir, es igual: lo importante será siempre el libre flujo de ideas que permita vernos y desgranarnos como nación, individuo, cuerpo, cultura. Ante la mencionada dificultad, me limitaré a contextualizar esas masculinidades salvadoreñas en un ámbito más amplio, universal, digamos, con el fin de colocarlas en el espectro histórico-literario.

En mi opinión, no se puede hablar de la deconstrucción de la masculinidad en la literatura o el arte sin referirse a la representación de la misoginia en dichos campos. Por lo tanto, antes de entrar en materia, dedicaré unos párrafos a la representación arquetípica de la misoginia en el ámbito artístico.

ARQUETIPOS DE LA MISOGINIA

Desde hace ya varias décadas la crítica —de arte y literaria— se ha detenido en la iconografía misógina que aparece en escritos y pinturas. Famosas son las críticas feministas que han revisado las obras de Flaubert, Tolstoi y Clarín; las musas de Baudelaire y Rubén Darío; las imágenes femeninas en los cuentos de Borges, las novelas de García Márquez, Carlos Fuentes y Vargas Llosa, y los ensayos de Octavio Paz. También la

iconografía de los prerrafaelistas ha sido ampliamente revisada. ¿Cómo olvidar la fascinante lectura de *Las hijas de Lilith* (1998) de Erika Bornay o *El coloquio de las perras* (1990) de Rosario Ferré?

La misoginia —definida como la aversión a las mujeres— es sin duda una realidad social y cultural cuya representación se remonta varios siglos atrás. La maldad supuestamente intrínseca de la mujer ya aparece retratada en la Edad Media por medio de imágenes religiosas. En la catedral de Reims, del siglo XIII, hay una escultura de Eva acariciando un reptil, mientras que en la catedral de Chartres, también del siglo XIII, sobresale la escultura de la esposa de Putifar escuchando los consejos del diablo. En la iglesia de la Sainte Croix (Burdeos), del siglo XII, destaca una mujer, símbolo de la lujuria, junto a su amante, el demonio. No obstante, ese carácter maligno también se retrata en imágenes no religiosas, como en el grabado titulado *La cólera de la esposa* (siglo XV) de Israhel van Mechenem; en dicho grabado, la esposa maltrata a su indefenso marido bajo la mirada gozosa del diablo. Otra imagen de la tiranía femenina se encuentra en una bandeja de cobre de 1480 llamada *La tiranía de la mujer* (*Aristóteles y Filis*).

En el ya mencionado libro de Bornay, la autora explica (y además de forma muy amena) como las ideas abstractas del simbolismo hicieron uso de una “forma concreta” de mujer a la que le otorgaron una dimensión conceptual, es decir, arquetípica: aparte de ser la casta, la fiel esposa o la *madonna*, ella es, sobre todo, la mujer fatal (98). Así, desde finales del siglo XIX, apareció ese arquetipo de forma recurrente en obras de Moreau, Khnopff, de Freure, imágenes femeninas perversas y maléficas. Precisamente, uno de los primeros que utilizó el término *femme fatale* fue Georges Darien, en su novela *Le voleur* (1897). Este tipo de mujer inquietaba y atraía a la sociedad masculina y fue ampliamente retratada por los prerrafaelistas, simbolistas, realistas y naturalistas. Nació así, oficialmente, la imagen arquetípica de la mujer fatídica en el arte y la literatura, para representar la *maldad* de la materia (cuerpo, mundo inferior, femenino) frente a la *bondad* del espíritu (idea, mundo superior, masculino).

Desde la década de 1860, la mujer fatal había comenzado a aparecer bajo un repertorio iconográfico: diversos rostros basados en personajes

míticos de la antigüedad pagana, histórica y bíblica, figuras paradigmáticas del mal y el pecado: Eva, Salomé, Judit, Dalila, Venus, Pandora, Medea, Circe, Helena de Troya, Cleopatra, Mesalina, Lucrecia Borgia, Ishtar, Medusa, la esfinge, la sirena, la vampiresa. Mujeres poderosas, dominantes, posesivas, las de los abrazos sofocantes. Cómo pasar por alto la versión pictórica de Edward Burne-Jones de Fílida, retratada como un árbol florido que se inclina sobre un asustado Demofonte que intenta huir de su abrazo asfixiante. Obsérvense, además, los cuadros *Hacia el abismo* de Henri Martin y *El gusano vencedor* de Frank Kupka. En los cuadros de Philip Burne-Jones y Edvard Munch, ambos titulados *El vampiro*, de 1897 y 1894, respectivamente, se muestran a mujeres poderosas inclinadas sobre un hombre pasivo, dispuestas a chuparle la vida. Para entonces ya estaba bien arraigada la ficción de que “el sexo femenino castra y mata al hombre que hubiera podido inspirar” (Bornay, 1998: 377). Asimismo, el binomio mujer-serpiente se impuso sobre todo como imagen sexual. Recordemos a la Salambó de Flaubert, quien recrea el coito entre la hija del cartaginés Amílcar Barca y la pitón:

Salambó se la enrolló alrededor de las caderas, bajo sus brazos y entre las rodillas. Luego, cogiéndola por la mandíbula, acercó aquella pequeña cabeza triangular hasta el borde de sus dientes, y entornando los ojos se arqueó hacia atrás, bajo los rayos de la luna. [...] La serpiente apretaba contra ella sus negros anillos atigrados con placas de oro. Salambó jadeaba bajo aquel peso demasiado acusado, los riñones se le doblaban, se sentía morir. Y con la punta de la cola, la serpiente le golpeaba el muslo muy suavemente. (Flaubert, 1972: 668)

El abrazo erótico que determina la relación entre mujer y serpiente también ha quedado reflejado en diversos cuadros, como el de Gabriel Ferrier, *Salambó* (1881), y los de Franz von Stuck, *Sensualidad* (1891) y *El pecado* (1893). De esta forma, en el imaginario, especialmente el de finales del siglo XIX y principios del XX, hubo gran propensión a plasmar la afinidad lasciva entre serpiente y mujer, sierpe y deseo. Obviamente, el origen de esta imaginería tiene dos vertientes; la primera tiene que ver con Eva, ya que encarna el pecado original y, según el cristianismo, es la culpable de los males de la humanidad. La otra vertiente tiene que ver

con el mito hebreo de Lilith, la primera mujer insubordinada que abandona a Adán y que encarna el paradigma de la perversidad femenina: representa a la mujer sensual y seductora, atractiva y fatal, la diablesa, que a menudo es representada con la serpiente como aliada y amante, ya que el reptil es tanto la personificación de Lucifer como un símbolo fálico.

Sin embargo, no siempre los arquetipos misóginos implican a la mujer fatal. La languidez y la invalidez femeninas también han sido representadas en el arte y la literatura. Por ejemplo, sobresale dicho estereotipo en un cuadro de J.W. Waterhouse, *Dolce far niente* (1880). El cuadro de Ramón Casas, *La pereza* (1898-1901), donde aparece una joven retozando en la cama, habla por sí mismo. Algunos artistas visuales, creadores de cuadros representativos de la clase ociosa femenina, también han utilizado el símbolo de la flor para hacer referencia a la pureza, el recato y la delicadeza de la mujer. *Convent Lily* (1891), de Marie Sportalli Stillman, muestra a una joven que mira al vacío pensativa con un destello de tristeza en sus ojos y, rodeada de lirios, tiene un ramo de estas flores en su mano, mientras que un rosario y la Biblia yacen sobre una mesa. Asimismo, en un cuadro de Paul Gauguin, *La pérdida de la virginidad* (1891), aparece una jovencita desnuda, sus pies cruzados al mismo tiempo que su mano sostiene una flor diminuta, ambos gestos simbolizando lo púdico, la virginidad, en contraste con el zorro, al que se ve colocando una pata sobre el pecho de la muchacha.

En la escritura de mujeres, la identificación con el modelo de la *femme fatale* a menudo surge de la necesidad de representarse como mujeres con una individualidad poderosa al mismo tiempo que rechazan la imagen frágil de la mujer sentimental. En este sentido, la construcción artificial de la imagen femenina juega un rol importante en la literatura realizada por mujeres. En otras palabras, ellas reinterpretan este modelo, lo subvierten o matizan, para proclamar su espíritu libre y desafiar al “mundo de la cultura” androcéntrico. Un poema emblemático, en ese sentido, es el de Denise Levertov, “In Mind”, donde aparecen contrapuestas estas dos versiones de lo femenino; la mujer lánguida del poema es bondadosa e inocente pero carece de imaginación; mientras que la mujer oscura, influida por la luna, excéntrica, extraña, la que no es “amable” porque no se ajusta a la norma impuesta, representa a la mujer con imaginación, la poeta.

Lo más importante de tener en cuenta es que por medio de esas imágenes femeninas en las que sobresale la representación del dominante y el dominado, se excluye toda posibilidad de una relación armónica, recíproca y dual, de ahí las connotaciones trágicas y las implicaciones emocionales de este conflicto humano. Las contradicciones emocionales, recreadas por medio de tópicos, no son algo exclusivo de lo heterosexual. También vemos repetidos esos arquetipos en novelas como *El bosque de la noche* (1936) de Djuna Barnes.

No obstante, en un sentido tradicional, las diversas versiones de lo femenino se convierten en un eje donde se precipita el conflicto, convirtiéndose así en arquetipo artístico, arquetipo que no se libera de una realidad emocionalmente violenta. Es por esa razón que ha sido cuestionado y subvertido también en ese campo. Ibsen lo hizo en su *Casa de muñecas* (1879), Alfonsina Storni en poemas como “Tú me quieres blanca” y “Hombre pequeño”, Angela Carter en su novela *La pasión de la nueva Eva* (1977), y también Audre Lorde, Toni Morrison y más.

En *El coloquio de las perras* (1990), Rosario Ferré hace un divertido recorrido por las imágenes femeninas que aparecen en diversas obras literarias. La puertorriqueña vertebra lo anterior desde un texto híbrido que combina magistralmente la crítica y la ficción. Haciendo una parodia de la célebre novela ejemplar de Cervantes, las perras Fina y Franca (personajes basados en las críticas literarias Ani Fernández y Jean Franco, amigas de Ferré) se enfrasan en un coloquio canino donde discuten, entre otras cosas, sobre los tópicos femeninos negativos que aparecen en la literatura hispánica. Así, a lo largo de su amena conversación, se refieren a Cervantes, Borges, Lezama Lima, Paz, Onetti, Fuentes, y muchos más.

Otro intento memorable por documentar los discursos misóginos de escritores, filósofos e intelectuales se encuentra en *Breve historia de la misoginia* (2006) editado por Anna Caballé y respaldado por la documentación rigurosa que recolectó Elisenda Lobato. En este libro no sólo se citan pensadores y escritores reconocidos como Pedro Calderón de la Barca, Lope de Vega, Francisco de Quevedo, Leopoldo Alas “Clarín”, José Ortega y Gasset, Gregorio Marañón, Santiago Rusiñol, Francisco Umbral, Camilo José Cela y Juan Luis Panero. También se

cita a Rosa Chacel, Carmen de Burgos, Mercedes Salisachs, Concha Méndez, Carmen Martín Gaité y Mercé Rodoreda (sí, la famosa autora de *La plaza del diamante* (1962), una obra emblemática catalana cuyo personaje principal, la Colometa, ha sido ampliamente estudiado por las críticas feministas).

LOS ESTUDIOS SOBRE LA MASCULINIDAD

Una propuesta relativamente reciente aunque valiosa es la crítica en torno a los tópicos de la masculinidad. No se puede hablar de la desjerarquización de géneros si no se deconstruye este otro aspecto, es decir, no nos podemos quedar examinando únicamente los arquetipos tradicionales de las imágenes femeninas. Los estudios de Michael Kimmel (*Manhood in America: A Cultural History*, 1996) y David Gilmore (*Manhood in the Making: Cultural Concepts of Masculinity*, 1990), entre otros, desde hace unas décadas están intentando demostrar que la masculinidad es una construcción cultural, al igual que las imágenes artificiales de la femineidad. Estos estudiosos han llamado la atención sobre aquellos aspectos que tradicionalmente se consideran viriles pero que en realidad han causado daños psicológicos y emocionales a los hombres, al punto de señalar que en estos momentos se vive una auténtica “crisis de la masculinidad”. Cada vez más se publican estudios que se muestran críticos con los conceptos tradicionales de masculinidad y se esfuerzan por redefinir esta conceptualización hacia una más compleja, plural. Sin embargo, escritoras y poetas también han cuestionado los tópicos de la virilidad y lo han hecho interrogando e ironizando sobre la posición de poder de lo masculino, o analizando su sentido de pérdida en la batalla (Pleitez, 2009: 126). Por ejemplo, en la segunda parte de “Dos meditaciones” de Rosario Castellanos, poema incluido en *Al pie de la letra*, se lee lo siguiente:

*Hombrecito, ¿qué quieres hacer con tu cabeza?
¿Atar al mundo, al loco, loco y furioso mundo?
¿Castrar al potro Dios? (2001: 122)*

En este poema se interroga y cuestiona la posición de poder de ese “hombrecito”. Sin embargo, al utilizar el diminutivo (que recuerda al “hombre pequeñito” de Storni), la poeta mexicana ironiza sobre las absurdas pretensiones de poder indiscutido de lo masculino, cuya subjetividad se propone atrapar al mundo, creyéndose más que Dios. En la poesía de la chiapaneca aparecen de forma recurrente los antagonismos entre esos prototipos masculinos culturales y una variedad de hablantes femeninos, cuyo drama es que ambos se encuentran dentro de un mundo sofocante construido precisamente por un imaginario patriarcal. De ahí que aparezca en varias ocasiones el viento como símbolo del principio masculino que subordina o margina, al mismo tiempo que el yo-poético-femenino rechaza a ese héroe hambriento de supremacía y de dominación. Más adelante, en “Agonía fuera del muro” (*Lívida luz*, 1960), Castellanos enfatiza:

Ni te acerques a mí, hombre que haces el mundo

déjame, no es preciso que me mates.

[...]

Yo muero de mirarte y no entender. (2001: 196-197)

El hombre que se retrata en estos poemas de Castellanos ha dejado de ser un heroico guerrero ante la mirada femenina; o, mejor dicho, ante la mirada de un yo-femenino que interroga, que piensa, aquel ha dejado de ser el héroe incuestionado. El hombre, en su afán de construcción de la nación y ante el resquebrajamiento emocional que los procesos históricos violentos traen consigo, se enfrenta a las imágenes de los prototipos históricos y culturales, de los herederos de la nación, de los paradigmas de Eneas. La gloria pasada contrasta con las ruinas (traumas) presentes y estos dos contrastes le permiten verse a sí mismo: lo que fue y lo que es. Dicha visión desemboca en una auténtica crisis: el héroe ha sido derrotado por sus mismas ansias de poder.

A lo largo del siglo XX, ese hombre ha tenido que enfrentarse al mundo que él mismo ha confeccionado, es decir, a sus propias construcciones simbólicas, algo que a la larga también ha terminado por empañar una identidad convencional, rígida, supuestamente unitaria y

sin fisuras. Como dijo Norman Mailer, ser un hombre es la batalla sin fin de toda una vida (Alsina y Borràs i Castanyer, 2000: 83). En los estudios sobre la masculinidad se enfatiza precisamente que el hombre no tiene otro enemigo que sí mismo o, más bien, la construcción de sí mismo que ha heredado.

En la literatura salvadoreña también se han delineado imágenes femeninas que han retratado la realidad social y cultural del país. Hace un par de años, precisamente, emergió un polémico debate porque Rafael Lara-Martínez señaló las prácticas sexistas y de violencia de género que perviven en nuestra cultura, las cuales aparecen representadas en escritos de Arturo Ambrogi y Hugo Lindo. Asimismo, este investigador se refirió a las representaciones femeninas en las pinturas de José Mejía Vides, en las que también aparece el aspecto indígena. En aquel momento, esos argumentos encendieron una llama: se percibieron como ataques personales a los autores mismos, cuando el investigador se refería sobre todo a las voces textuales, a los personajes, a las imágenes, para enfatizar el tipo de cultura e identidad que se ha venido engendrando a lo largo de varias décadas, en ocasiones también respondiendo a construcciones de lo nacional. Si no me equivoco, su análisis partía de un afán crítico por traer a la luz las violentas prácticas relacionales y las construcciones artificiales de la imagen femenina en la cultura salvadoreña.

Gracias a este libro de ensayos sobre las masculinidades salvadoreñas dichos escritos y otros por venir podrán valorarse bajo una nueva luz: la construcción cultural de la masculinidad salvadoreña. Como vimos arriba, ésta no es sólo un estereotipo sino también un producto cultural. Es cierto que nacer hombre es estar, de entrada, en una posición de poder (como afirma Bourdieu). Pero, ¿cómo vivieron y cómo viven los hombres hoy en día la masculinidad y, sobre todo, cómo la viven durante un periodo de posguerra y en una sociedad discriminatoria, polarizada, machista, herida por la violencia? ¿Se vive de forma gloriosa, inconsciente, resignada o conflictiva? ¿Se alza bajo el prototipo de hombre viril, unitario, sin fisuras, o más bien sobrevive asediado por una compleja fragmentación emocional? ¿Se trata de una masculinidad encarcelada entre los tópicos femeninos y los masculinos, entre la incertidumbre y la zozobra que provoca el deseo frenético, por un lado, y las batallas en la política y

el espacio público, por el otro? ¿Es una masculinidad que representa la crisis en el espacio doméstico y en el histórico?

ÚLTIMAS CONSIDERACIONES

Creo que no existe mujer que no haya percibido, de alguna forma u otra, ese miedo al eterno femenino —misoginia— que se expresa en la cotidianidad del lenguaje, en los gestos, en la mirada, incluso en el paternalismo. Pero también creo que no existe hombre que no se haya sentido oprimido por lo que se espera de él como “hombre de verdad”: exitoso, viril, “con pisto”, potente, fálico.

Este libro que tiene en sus manos nos habla, precisamente, de que tan conflictivas son las relaciones humanas, las del hombre consigo mismo, las del hombre con la Historia, las relaciones entre hombres y mujeres, siendo todos estos a su vez los grandes temas de la literatura. Si algunos escritores masculinos en algún momento u otro han creado personajes que retratan la realidad cultural de la misoginia y sus conflictos con la ideología tradicional de la masculinidad, ¿debemos condenarlos, desecharlos, y sólo leer a las escritoras? ¿Y qué pasa con las escritoras que retratan personajes femeninos que enuncian discursos misóginos o actúan de esa manera? ¿Tenemos que descartarlas también? ¿Por qué no mejor, antes de cerrarles la puerta en las narices, echamos mano de esos personajes para reflexionar sobre las relaciones humanas, sobre los matices de nuestra cultura violenta, no solo a nivel social sino también relacional? Quizá ver sin tapujos el peso de lo simbólico en la cotidianidad nos permita desaprender prejuicios y, tal vez, podamos aspirar a un nuevo ideal, a un nuevo humanismo.

No espero que *toda* la literatura me brinde una visión del mundo que deseo, es decir, no espero que la literatura sea moralizante, que presente mapas culturales y personajes idealizados. Eso sería abogar por un humanismo tradicional en el cual aparecen seres unificados, sin costuras ni fracturas: “este ser integrado es de hecho un ser fálico, construido según un modelo de falo poderoso y autosuficiente. Gloriosamente independiente, aleja de sí mismo toda ambigüedad, conflicto o contradicción. En

esta ideología humanista, el ser es el *único autor* de la Historia y del texto literario: [...] todo arte se convierte en autobiografía, en un escaparte entre el Yo y el mundo, sin realidad propia. El texto queda, pues, reducido a una reflexión pasiva ‘femenina’ sobre un mundo o un Yo ‘masculinos’ y sin problemas” (Moi, 2006: 22). La cita de Toril Moi es una provocación. Así las cosas, no dejemos al texto literario reducido a esa reflexión pasiva, tradicionalmente “femenina”, frente a un mundo “masculino” moralizante. Para desjerarquizar las relaciones también es importante desjerarquizar el humanismo. Así, *Masculinidades salvadoreñas* nos invita a descubrir nuevas lecturas en cada texto. Nos incentiva a hacerlo activo (al texto). Nos recuerda que la perspectiva plural es nuestro derecho.

Tania Pleitez Vela

Barcelona, 24 de diciembre de 2016

BIBLIOGRAFÍA

- Alsina, Cristina y Borràs i Castanyer, Laura. (2000). Masculinidad y violencia. En: Marta Sagarra y Àngeles Carabí (Ed.). *Nuevas masculinidades* (83-102). Barcelona, España: Icaria.
- Bornay, Erika. (1998). *Las hijas de Lilith*. Madrid, España: Cátedra.
- Castellanos, Rosario. (2001). *Poesía no eres tú*. México, DF, México: Fondo de Cultura Económica.
- Flaubert, Gustave. (1972). *Obras maestras*. Fernando Gutiérrez (Ed.). Barcelona, España: Credsá.
- Moi, Toril. (2006). *Teoría literaria feminista*. Madrid, España: Cátedra.
- Pleitez Vela, Tania. (2009). From Antigone to Creon: Traditional Masculine Models in the Poetry of Alfonsina Storni and Rosario Castellanos. En: Claire Taylor (Ed.). *Identity, Nation and Discourse: Latin American Women Writers and Artists* (122-143). Newcastle, Inglaterra: Cambridge Scholars Publishing.